

En el concierto llevado a cabo en el Museo Nacional de Arte destacó, sobre todo, el estreno absoluto de cuatro piezas para arpa sola de Gerhart Muench, tituladas colectivamente *Speculum veneris*. El compositor de origen alemán vecinado hace muchos años en Tacámbaro, propone en estas piezas un espejo ciertamente oscuro y hermético y, sobre todo, de notable solidez. Muench ha elegido primordialmente los registros medio y bajo del arpa como vehículo para un discurso sonoro que es plenamente coherente con la misteriosa austeridad y la portentosa imaginación sonora que son sus sellos característicos. Las piezas fueron interpretadas con autenticidad y solidez por la arpista Mercedes Gómez, y con gran intuición a los matices y a la limpieza del sonido. Del resto del programa, dos obras resultaron interesantes. La que abrió el programa, *Fuvosotos* del húngaro Istvan Lang, por el planteamiento formal tradicional envuelto en lenguaje contemporáneo, y asumido con espíritu lúdico en los títulos de cada movimiento de la obra, escrita para quinteto de alientos: *La forma obligada de la sonata clásica*; *El nocturno dulzarrón*; *Scherzo satánico*; *Intermezzo*; y *El obligado final optimista*. Y en segundo lugar, *Ámbito*, para oboe solo, del cubano Nilo Rodríguez, buena exploración de la escritura nueva para el oboe, y de las posibilidades extremas de la respiración, incluyendo quizá una propuesta de respiración circular para el solista. Fue el oboísta Roberto Kolb el encargado de dar a *Ámbito* una interpretación de muy buen nivel técnico y artístico.*

El resto del programa fue redondeado por una obra para guitarra del español Flores Chaviano (*Espacio tiempo, recuerdos*), en la que por momentos la técnica novedosa parecía refirse con la continuidad del discurso musical, y por obras del ecuatoriano Gerardo Guevara, el húngaro Srigyes Hidas, y Christfried Schmidt, de Alemania Democrática.

Por lo visto y oído en éstas y otras sesiones del Décimo Foro Internacional de Música Nueva, cabe destacar, como en ocasiones anteriores, el indudable valor de este evento en nuestro ámbito musical, y el deseo de que los vientos del cambio que se avecinan no interrumpen este importante proyecto sonoro. ♦

* En el programa impreso se anunciaba la interpretación de *Ámbito* como estreno en México, pero la obra fue estrenada en 1984 en la Casa de la Paz por la oboísta Leonora Saavedra, quien por aquel entonces era miembro del grupo *Da Capo*.

Teatro

CUPO LIMITADO

OBRA DE LA CLAUSTROFOBIA

Por María Muro

El Foro de La Conchita resulta ser el espacio idóneo para la realización de *Cupo limitado*, de Tomás Urtusástegui. Bajo la dirección de Morris Savariego y con la escenografía de Alejandro Luna, la obra toma fuerza y provoca el impacto del encierro en el espectador, quien se encuentra muy cerca de lo que ocurre en el escenario.

Ocho personajes, atrapados en el espacio reducido de un elevador, crean la situación dramática que Urtusástegui plantea en esta ocasión, proyectándose la idea de la asfixia, como metáfora de la situación que padecemos en esta gran ciudad en que vivimos: situación humana de encimamiento, de proximidad física sin privacidad, espiritualmente destructiva y que es característica de nuestro tiempo. Toda la atmósfera ha sido creada para causar en la mente del espectador la impresión del encierro inevitable.

La idea de Urtusástegui es llevada a escena de manera muy efectiva por Sava-

riego y Luna, quienes acuciosamente han creado "el espacio de la claustrofobia". Los ocho actores permanecen encerrados, limitados a escasos movimientos, en un voluminoso armatoste semicerrado, donde apenas se distinguen las sombras de los ocho seres vivientes que permanecen en ese mundo en deterioro.

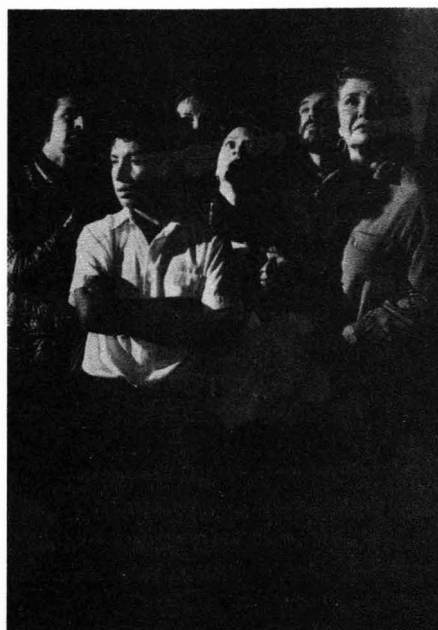
Teatro de situaciones

Tomás Urtusástegui es un autor prolífico, con una personalidad definida: lenguaje llano, fluido, directo; sentido del humor que raya en la obviedad para construir una atmósfera de situaciones extraordinarias. Estas situaciones son reales, constituyen fragmentos insólitos de una realidad cotidiana posible, y al mismo tiempo el dramaturgo hace que se desprendan de la realidad para convertirse en situaciones de delirio.

Los temas de Urtusástegui tratan del deterioro de la sociedad y de sus individuos. Para mostrarlos, a Urtusástegui le gusta el empleo de la escatología, del lenguaje propio de situaciones comunes límite, de ruptura, para dar la metáfora de la decadencia. El dramaturgo denuncia la suciedad en la que estamos sumergidos los seres humanos: hacinados y sin la posibilidad de salvarnos.

En *Agua clara*, una de las obras del catálogo amplio de Tomás Urtusástegui, la situación es poco menos parecida a la de *El Ángel Exterminador*. Una joven pareja solicita agua de los vecinos para limpiar el water... Los vecinos acuden gustosos a "proporcionar ayuda". Se instalan en la recámara, el lugar de la pareja, y se poseionan de su intimidad. Van adueñándose paulatinamente de todas sus pertenencias. Invaden el lugar, de modo que, de una situación real, surgen la fantasía y la metáfora. Lo espeluznante se siente en paso a paso con mayor claridad, hasta el deterioro de la pareja en cuanto núcleo social. El espectador vive de otro modo, por los recursos del teatro, la invasión, el dominio, la nulificación que él mismo suele experimentar cotidianamente.

En *Vida, estamos en paz* la situación corresponde a una vida diaria más que posible. Cuatro viejos se reúnen a dilucidar acerca de su pasado, y de su presente en la "tercera edad". La trama se va construyendo lentamente por medio de una conversación que no deja de estar fuera de lugar. Lo que hablan los cuatro viejos, para la pausada sorpresa del espectador, se refiere nada menos que al arreglo personal que ya preparan para cuando cada



uno sea puesto en su respectiva caja de muerto. Ellos se ocupan de preparar el ajuar que habrán de vestir al quedar dormidos para siempre. Luisa, la dueña de la casa, ha terminado su vestimenta, y ya tiene en casa el ataúd: lo ha adornado profusamente por dentro, y lo ha acojinado a fin de estar lo más cómoda posible. "...Me lo probé y con él me me metí adentro —dice refiriéndose a su vestido. Está a la medida. Ni quedan huecos ni sobresale y sobre todo no se arruga tanto como el anterior. la tela tiene una caída maravillosa que dibuja el cuerpo."

Urtusástegui es dueño de un muy especial sentido del humor. Sus oraciones extrañas pertenecen al humor negro, subrayándose por este motivo las características muy mexicanas de su obra. Aunque conviene advertir que lo escatológico en sus dos sentidos es una particular obsesión dramática de este autor de situaciones y atmósferas, más allá del hecho observado simplistamente de que se sitúe dentro de una manera expresiva de ser común a los dramaturgos "nacionalistas" de la muerte.

Espacio reducido

En cuanto a la obra que hoy nos ocupa, en *Cupo limitado* pueden apreciarse nuevamente todos los aspectos indicativos de la obra dramática de Urtusástegui: lenguaje llano, escatológico, extrema facilidad para la construcción de situaciones. En este caso se trata de una descompostura de un elevador en el que ocho personas quedan atrapadas. Lo que va ocurriendo se transtorna poco a poco.

Los personajes no entran a un pánico inmediato, sino primero tratan de adecuarse al momento y resolver el problema. O esperan, pensando que rápidamente será compuesto el elevador. Se desencadenan los efectos del shock nervioso: el vómito y la incontinencia urinaria. Sobre todo, la relación de los ocupantes del elevador se convierte en la imposibilidad de convivencia.

El espacio reducido se va construyendo en la medida en la que pasa el tiempo. La necesidad de cada personaje de un espacio se hace evidente. La agresión llega a sus extremos. Y de una situación real posible, se pasa a la pesadilla, a lo alucinante. La obra escapa de la realidad y se vuelve más real cuando comienza la fantasía pesadillesca. Los personajes mueren, o tal vez no. Urtusástegui señala: "Todos se observan como si fuera la primera vez que están frente a frente. Se colocan como al



principio de la obra... se ven destruidos, acabados."

El final es abierto a la interpretación del espectador, para que la duda se establezca, o para que triunfe lo interrogativo de una propuesta que a sí misma se cuestiona. Parecería, tal vez, que los personajes mueren, porque siempre han estado muertos, como atrapados dentro de sí mismos. En *Cupo limitado* reaparecen las actitudes, y el talento de un estilo enraizado.

Puesta en escena

Para lograr un trabajo actoral verosímil, Morris Savariego desempeñó una larga tarea. Impartió a sus actores diversos ejercicios de improvisación, relajamiento, concentración. Especialmente, trabajó con cada actor en forma individual, procurando desde el primer momento resaltar cada detalle, las frases, las intenciones, los tonos. Cada frase la reconstruyó dando diferentes inflexiones. Había que llegar a esa verosimilitud de las expresiones verbales y modos de ser de un determinado medio social mexicano, evitándose desde luego los estereotipos —sirvienta, oficinista ofrecida, solterano, remilgosa, clínico, niño...—, pues impiden la libertad expresiva y la creación de una atmósfera creíble.

Savariego analizó el contexto y el subcontexto de cada parlamento, y reinventó

el sentido de las palabras y las situaciones. Fue Directo a los *leit motiv* de cada personaje. Por ejemplo, Don Ramón, el viejo, tiene una respiración dificultosa. Savariego hizo que el actor ubicara el origen de la enfermedad, el centro nervioso de donde proviene. Se requirió un trabajo físico de concentración para evitar la tos cliché. Asimismo a Olga Martha Dávila, que interpreta a Virginia, Morris Savariego la condujo a determinar el estado de ánimo y sensación física de un personaje en el momento del vómito.

Fue indispensable todo este trabajo para llegar a la realidad del aglutinamiento, de la acumulación de los ocho personajes, de modo que fuera cierto el acontecer de sus limitaciones: durante varios ensayos los actores permanecieron compactamente, realizando diversos ejercicios tales como el de la tensión interior que al fin explotara en actitudes encontradas de enfrentamiento y perturbación, desencadenándose en los personajes reacciones violentas, muy distantes del sentido de la cortesía.

Para la puesta en escena es pieza clave el diseño escenográfico de Alejandro Luna. El elevador proyectado por él contribuyó de manera primordial a crear la sensación de claustrofobia: "Ésta se ha procurado mediante la construcción de la cloaca en la que los personajes son ratas atrapadas", según ha expresado el director de *Cupo limitado*.

Savariego y Luna, al retomar el texto de Urtusástegui, provocan la metáfora de esa crisis que es la modernidad contemporánea, reducida la sociedad a las mínimas posibilidades de movimiento. En esta situación límite, el director y el escenógrafo idean a los personajes simiescos en el interior de lo inhumano y la desesperación.

El toque expresionista del escaso espacio vital, del hacinamiento, del conjunto de caras que con dificultad se mueven, provoca la angustia del espectador. A partir de la propuesta escrita el escenógrafo y el director matizaron los rasgos marcados de la violencia. El elevador es para Urtusástegui, Savariego y Luna un lugar de pesadilla, el lugar más cercano a la muerte. El elevador de *Cupo limitado* se vuelve un espacio cargado de significantes reconocibles en la cotidianeidad de los tiempos que vivimos. ♦

Cupo limitado, de Tomás Urtusástegui. Foro de La Conchita. Con Olga Martha Dávila, Elsie Lorenzana, Nelly Dorantes, Clarissa Rendón, Leonardo Mackey, entre otros. Escenografía: Alejandro Luna. Dirección: Morris Savariego.